

Avenatti de Palumbo, Cecilia A.

Carmen Balzer (1927-2009)

Letras N° 61 - 62, 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Avenatti de Palumbo, Cecilia (2010). Carmen Balzer (1927-2009) [en línea], *Letras*, 61-62, 11-14. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/carmen-balzer.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Carmen Balzer (1927-2009)

Cecilia AVENATTI DE PALUMBO

Universidad Católica Argentina

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

En la Carta a los Artistas, Juan Pablo II señalaba que si bien “no todos están llamados a ser artistas en el sentido específico de la palabra”, “a cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de su propia vida, en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra”. Carmen Balzer, hizo de su vida una obra de arte: ella encontró su propia música y a ella le fue fiel, talló el personaje único y singular que todos conocimos, pronunciando incansablemente la palabra ajustada al tiempo que le tocó vivir. Esto no es algo que se logra de un día para otro. Se es siendo y andando un tiempo y espacio concretos, se es recorriendo el camino de la vida, que en su caso fue un camino desde, en y hacia la Belleza.

Una retrospectiva sobre su itinerario nos presenta la figura de una tenaz buscadora de la verdad y bondad que descubría en la transparencia de las formas bellas, en cada una de las cuales sabía encontrar la imagen de Dios. Tras esta huella anduvo incansablemente recorriendo culturas y geografías, artes y pensamientos, interpretando aquí y allá los signos de los tiempos en el acontecer humano. Había nacido en Buenos Aires el 6 de julio de 1927, en el seno de una familia de origen suizo. Luego de su paso por las aulas de la Escuela Superior de Periodismo, donde se graduó en 1952, la filosofía le salió al encuentro para no abandonarla nunca más. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires obtuvo su grado de Licenciada en Filosofía, e inmediatamente después viajó a París, en cuya Universidad de la Sorbona obtuvo el Doctorado con una tesis sobre “El drama del hombre en la visión pascaliana del mundo”. Allí se contactó con Daniélou, Ricoeur y Guitton, entre otros importantes pensadores del siglo XX. De regreso al país intensificó la labor periodística emprendida en la década anterior con numerosas colaboraciones y artículos que aparecieron en el suplemento dominical de La Nación y La Prensa, en las revistas Criterio, Señales, Heroica, Sapientia y otras. La Estética y la Filosofía de la Religión fueron temas recurrentes en su producción intelectual. En sus traducciones, reseñas bibliográficas, cursos y artículos desfilaron figuras del pensamiento y el arte europeos del siglo XX como E. Stein, Braque, Mondrian, Heidegger, Guardini, Durrematt, Frisch, Scheler, S. Weil, Sastre, T. de Chardin, Lévinas, Habermas, Balthasar, Gadamer, entre otros muchos. También se ocupó de figuras de la cultura filosófica argentina como Derisi, Mandrioni y Quiles. Los tres libros que publicó están relacionados con estas temáticas: *Arte, fantasía y mundo* (Plus Ultra: 1975), *Breve historia de las ideas religiosas*

(Claridad: 1988) y *Santa Teresita, Doctora de la humildad* (Fundación Diakonia: 1998). Con la misma libertad con la que se movía en el mundo cultural emprendió su tarea académica y universitaria en numerosas instituciones del país y del extranjero Sin embargo, fue la Universidad Católica Argentina su ámbito de pertenencia, en donde dictó desde su fundación, durante cuarenta años, las cátedras de Estética y de Filosofía de la Religión, razón por la que en el año 2004, fue designada Profesora Emérita de la Universidad.

Estamos, pues, en presencia de una trayectoria en la que fe viva, filosofía abierta, arte transfigurado y estética contemplativa conformaron un todo, que se vio coronado por una muerte en paz. En este homenaje quiero referirme a un fragmento significativo de la figura total de su vida, que tuve el honor de compartir durante 27 años, desde que fue mi profesora de Estética allá por el año 1982, Trabajé con ella en la cátedra hasta el 2002 y ese año, tras su retiro, recibí el legado de su cátedra de Estética. De las tres estructuras de relación maestro-discípulo que G. Steiner propone en su libro *Lecciones de los maestros*, la que Carmen Balzer establecía con sus discípulos no era, por cierto, ni la de la destrucción del discípulo por el maestro, ni la de la traición del discípulo al maestro, sino la tercera del intercambio basado en la mutua confianza del amor.

Maestra de estética y maestra de vida, armonizó en su persona estas dos alas, que en el momento oportuno nos permitieron volar y andar el propio camino. Yo puedo dar testimonio de su generosidad en abrir las puertas al pensar en libertad, de su capacidad para generar amistad a partir del diálogo. Acompañaba con respeto las propuestas de investigación y las nuevas ideas que las generaciones más jóvenes le acercábamos. Así fue que alentó y colaboró en la creación de las Jornadas: Diálogos entre Literatura Estética y Teología, con las que en mayo de 2002 se inauguró un espacio de intercambio interdisciplinario entre las Facultades de Letras y de Teología de nuestra universidad. Todo ello procedía de una fuente: su unión con Dios a quien buscó y amó con pasión. Fe firme como una roca, oración convertida en hábito permanente y servicio a los pequeños fueron configurando su rostro interior. Como señaló en uno de sus escritos respecto al lenguaje de Teresa de Lisieux, a quien amaba con predilección, también su lenguaje fue fontanal no sólo porque “sus palabras brota[ba]n con mucha libertad de su fuero interno” (*Santa Teresita, doctora de la humildad*, 12), sino porque nos conducían a “la fuente divina de donde flu[ían]” (op.cit. 28). En *Arte, fantasía y mundo* podemos hallar la síntesis madura de su pensamiento estético, de cuyas páginas seleccionamos este pasaje significativo:

“El arte posee la inalienable virtud de hacer cambiar la figura del mundo, pues logra que a través de su ordinaria faz cotidiana transparente la otra bellísima y perfecta de su realización final. Esta finalidad intrínseca a todo arte no siempre es conscientemente percibida, más bien comporta una tendencia inconsciente. Pero si la ambición del arte es escatológica, lo es por participar sobre un universo definitivo. Entregarse al arte es por eso también estar estado de espera plena. El artista desea llegar a la creación para ver lo que merece ser retenido en ella. Se hace una imagen del mundo y la expresa, corriendo todos los riesgos. Para crear la individualidad propia de su obra, intenta hallar la esencia ideal de toda cosa, es decir, la perfección. Está en busca de un orden trascendente y se transporta de golpe al término que, a su entender, le imprimirá un sentido a su propia vida, mas también a toda vida en general. [...] Todo esto avala nuestra idea del mundo transfigurado como objetivo del quehacer artístico” (Op. cit., 200).

En efecto, la autora valoraba el arte como la posibilidad de habitar en “un mundo distinto al de nuestra propia subjetividad”, decía, “ese mundo absolutamente trascendente” esa

“«realidad del otro», tanto del otro próximo a nosotros, como del otro absoluto” (*Arte, fantasía y mundo*, 202).

Desde esta perspectiva, evocaremos dos de sus muchas consideraciones estéticas. La primera reflexión está referida al arte románico, cuya temática medieval se enmarca en este número de la revista Letras, con la cual también colaboró en numerosas ocasiones. La segunda consideración trata acerca del problema de la interpretación del arte contemporáneo y adquiere valor testamentario por ser el último texto que escribió dos meses antes de morir en medio de su infatigable lucha contra el cáncer (“La hermenéutica medieval y su repercusión en el arte contemporáneo”, DIEZ, R. coord, Actas de las 4^o Jornadas de Filosofía medieval, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2009).

Es en *Arte, fantasía y mundo* donde desarrolla un análisis fenomenológico del techo policromado de la iglesia románica de San Martín de Zillis –construida en Suiza, la tierra de sus antepasados, hacia 1160–, el cual propone como ejemplo de la transfiguración del arte. Si una de “las funciones de la fantasía artística es precisamente la de configurar una «imagen del mundo», explicitada a través de la obra” (op. cit., 203), nada mejor que un “mapamundi” para mostrar el poder orientador que ejerce el arte en la vida humana. Tras señalar que las imágenes del retablo medieval, “al pertenecer al arte cristiano, suponen por extraño que parezca, el suelo siempre fecundo del «saber escuchar», no forzosamente distinto del «saber ver», propio de la actitud contemplativa”, y, tras indicar que “lo que importa, en el arte cristiano medieval, no es pintar simplemente algo bello, [...] sino en volver la imagen dúctil al símbolo de los santos misterios”, lo cual exige del contemplador la “maravillosa facultad de «poder-ver-detrás» de las cosas” (Op.cit, 213).

En relación con ello, la autora añade que “el arte de la techumbre de Zillis, a semejanza del arte expresionista, supone la primacía del contenido sobre la forma, es decir, una suerte de desborde de la interioridad, un salir el fondo fuera de su cauce, si bien la línea logra luego dominarlo”, lo cual explica “por qué las imágenes toscas de la ordinaria vida campesina, todavía tributarias de una factura muy rudimentaria y torpe poseen, sin embargo, una extraordinaria fuerza expresiva, que fluye de su mismo centro” (op.cit, 215). Sólo una profunda experiencia del Dios revelado en figura estética pudo llevarla a esta síntesis, en la que propone que el sujeto percibe la figura visual del objeto obra de arte como manifestación auditiva que exige ser escuchada, en virtud de la cualidad de su contenido cristiano, que en el origen es palabra pronunciada por Dios.

La relación entre el arte románico y el expresionismo se vincula con un rasgo característico de su Denkform que consistió en la vinculación del ayer con el hoy, de la tradición con el futuro. El título de su último escrito –“La hermenéutica medieval y su repercusión en el arte contemporáneo” que presentó en el mes de abril de 2009 en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires–, expresa este perfil de su pensamiento, que se fue configurando al ritmo de arraigo y creatividad, de tradición y novedad, de lo antiguo y lo moderno. El texto se cierra con una reflexión sobre los vitrales de Chagall, que bien podemos aplicar ahora a la misma Balzer, en la medida en que, según la sugerencia de Juan Pablo II que señalamos al comienzo, ella hizo de su vida una obra de arte:

“Finalmente concluimos, con el mismo artista, que vemos escondido en sus obras el amor. El mismo Chagall nos dice que la finalidad de la obra no reside en su belleza formal inmediatamente legible, ni aún en su escritura interna, sino en una realidad superior, trascendente que funde a ambas; es a esta otra realidad que remite el arte chagalliano. Arte de

Cecilia AVENATTI DE PALUMBO

fidelidad y de esperanza, arte que restituye el mundo a su inocencia primera y que realiza singularmente las palabras mismas del artista: «Quisiera exaltar Tu sueño, mostrar otra verdad, extraer de Tu luz mis colores»”.

Como un niño cerró sus ojos el 25 de junio de 2009, contemplando la vida y deseando vivir “en silenciosa y preciosa comunicación” con Dios y con nosotros, como me escribió en su saludo navideño del 2008. La semana de su partida coincidió con la de la entrada en imprenta de *El camino de la belleza* (Pontificio Consejo de la Cultura: 2009), que un grupo de colegas decidimos dedicarle como expresión del fluido de gratuidad donada y gratitud manifestada, ritmo que forma el tejido del amor cristiano que ella nos enseñó a vivir. Su memoria nos dignifica y nos da esperanza. Que la generosidad, humildad y libertad de espíritu que transparentaba su mirada penetrante fecunde nuestro horizonte de vida.